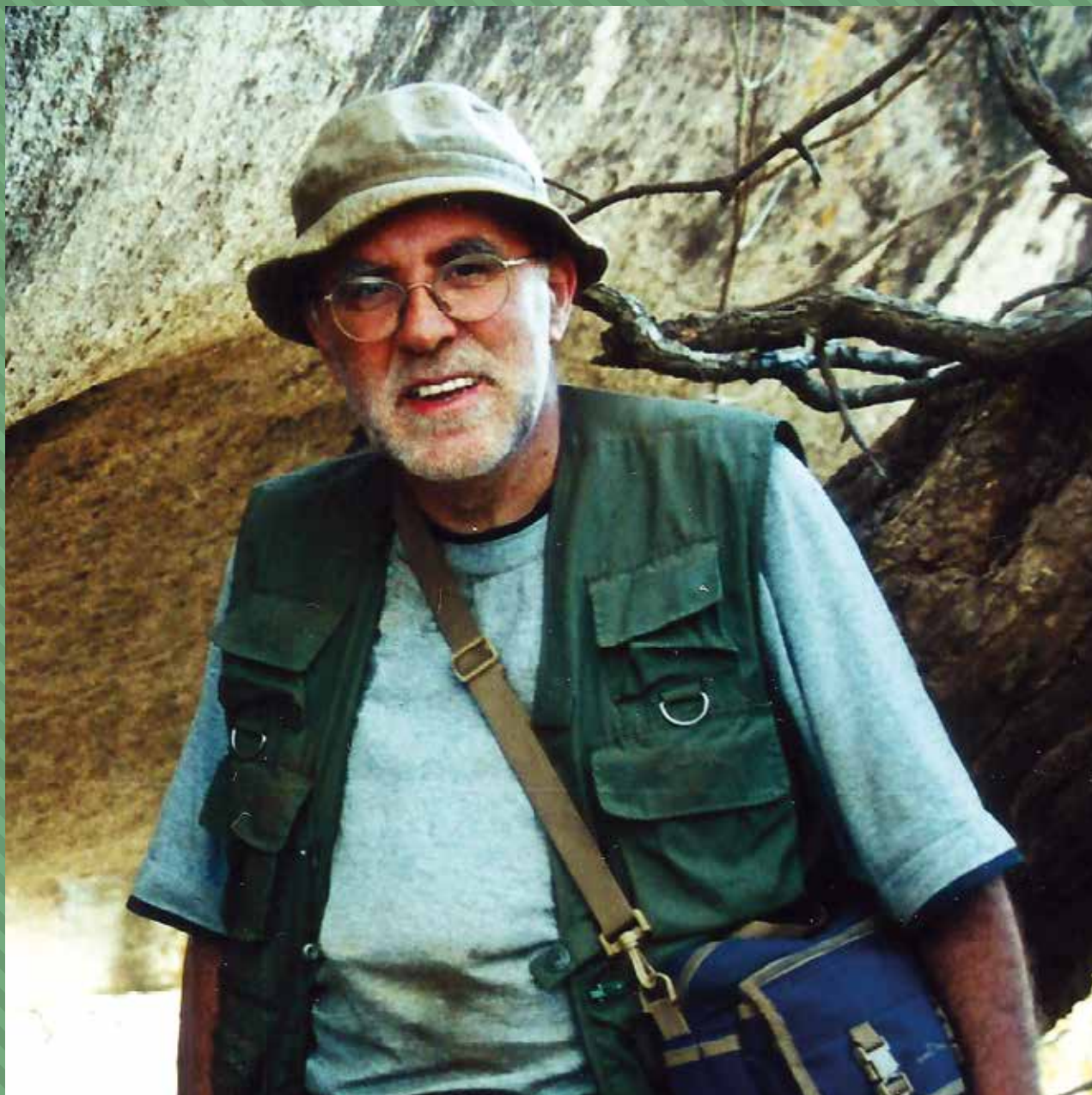




ANEJOS DE

na:ilos

Estudios
Interdisciplinares
de Arqueología



A6

Mayo 2020
OVIEDO

Anejos de NAILOS
Número 6
Oviedo, 2020
ISSN 2341-3573

Asociación de
Profesionales
Independientes de la
Arqueología de
Asturias

Anejos de
Nailos
Estudios Interdisciplinarios
de Arqueología

**Jornadas de Arqueología Española
en el Exterior**

**Víctor M.
Fernández Martínez,
arqueólogo africanista**

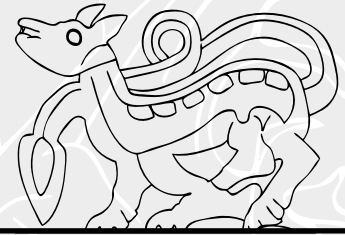
**Fructuoso Díaz García
Juan R. Muñiz Álvarez
(coordinadores)**

Oviedo, 2020



ANEJOS DE **na:los**

Estudios
Interdisciplinarios
de Arqueología



Consejo Asesor

José Bettencourt
Universidade Nova de Lisboa

Rebeca Blanco-Rotea
*Universidade de Minho /
Universidad de Santiago de
Compostela*

Miriam Cubas Morera
Universidad de York

Camila Gianotti
*Universidad de la República
(Udelar)*

Adolfo Fernández
Fernández
Universidad de Vigo

Manuel Fernández-Götz
University of Edinburgh

Juan José Ibáñez Estévez
*Institución Milá i Fontanals,
CSIC*

Juan José Larrea Conde
Universidad del País Vasco

José María Martín Civantos
Universidad de Granada

Aitor Ruiz Redondo
Université de Bordeaux

Ignacio Rodríguez Temiño
Junta de Andalucía

José Carlos Sánchez Pardo
*Universidad de Santiago de
Compostela*

David Santamaría Álvarez
Arqueólogo

Consejo Editorial

Alejandro García Álvarez-Busto
Universidad de Oviedo

César García de Castro Valdés
Museo Arqueológico de Asturias

María González-Pumariega Solís
Gobierno del Principado de Asturias

Carlos Marín Suárez
Universidad de la República, Uruguay

Andrés Menéndez Blanco
Arqueólogo

Sergio Ríos González
Arqueólogo

Patricia Suárez Manjón
Arqueóloga

José Antonio Fernández
de Córdoba Pérez
*Secretario
Arqueólogo*

Fructuoso Díaz García
Director

Fundación Municipal de Cultura de Siero

nailos

**Estudios
Interdisciplinarios
de Arqueología**

ISSN 2340-9126
e-ISSN 2341-1074
C/ Naranjo de Bulnes 2, 2º B
33012, Oviedo
secretario@nailos.org
www.nailos.org

Anejos de NAILOS nº 6. Mayo de 2020
© Los autores

Edita:

Asociación de Profesionales
Independientes de la Arqueología
de Asturias (APIAA).
Hotel de Asociaciones Santullano.
Avenida Joaquín Costa nº 48.
33011. Oviedo.
apia.asturias@gmail.com
www.asociacionapiaa.com

Lugar de edición: Oviedo

Depósito legal: AS-01572-2013



CC BY-NC-ND 4.0 ES

Se permite la reproducción de los artículos, la cita y la utilización de sus contenidos siempre con la mención de la autoría y de la procedencia.

NAILOS: Estudios Interdisciplinarios de Arqueología es una publicación científica de periodicidad anual, arbitrada por pares ciegos, promovida por la Asociación de Profesionales Independientes de la Arqueología de Asturias (APIAA)

Bases de datos que indizan la revista | Bielefeld Academic Search Engine (BASE); Biblioteca Nacional de España; CAPES; CARHUS Plus+ 2014; Catàleg Col·lectiu de les Universitats de Catalunya (CCUC); Catalogo Italiano dei Periodici (ACNP); CiteFactor; Copac; Dialnet; Directory of Open Access Journals (DOAJ); Dulcinea; Elektronische Zeitschriftenbibliothek (EZB); ERIH PLUS; Geoscience e-Journals; Interclassica; ISOC; Latindex; MIAR; NewJour; REBIUN; Regesta Imperii (RI); Sherpa/Romeo; SUDOC; SUNCAT; Ulrich's-ProQuest; Worldcat; ZDB-network



FACULTAD DE TEOLOGÍA
de SAN ESTEBAN



GRANHOTELESPAÑA

EL COMERCIO

MUSEO | ARQUEOLÓGICO | DE ASTURIAS



OVIEDO
AYUNTAMIENTO

**En recuerdo de
Juan Antonio Fernández-Tresguerres Velasco
(1941-2011)**

Sumario



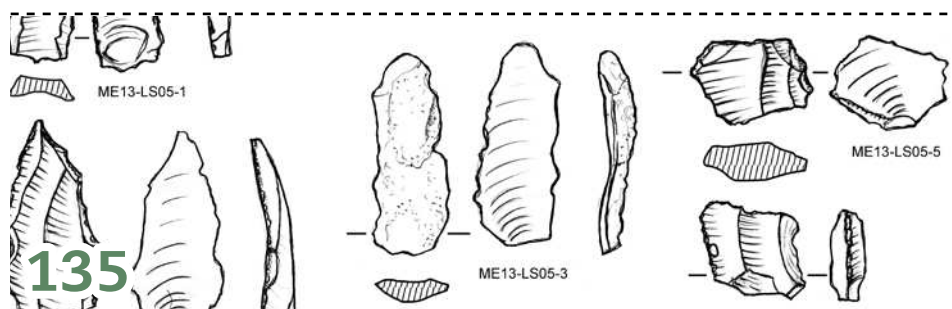
Presentación Fructuoso Díaz García y Juan R. Muñoz Álvarez	13
Gonzalo Ruiz Zapatero <i>La influencia de un arqueólogo: Víctor M. Fernández Martínez, una aproximación cercana y compartida</i>	19-62
Oscar Moro Abadía <i>A vueltas con la idea de 'progreso' en arqueología: una reflexión crítica desde la filosofía y la epistemología</i>	65-81
Carlos Cañete <i>Una historia personal del africanismo</i>	83-102
Marisa Ruiz-Gálvez Priego <i>Comercio swahili en el norte de Mozambique</i>	103-133
Alfredo González-Ruibal <i>Arqueología del Estado y de la resistencia entre Sudán y Etiopía</i>	135-157
Jorge de Torres Rodríguez <i>Built on diversity: Statehood in Medieval Somaliland (12th-16th centuries AD)</i>	159-191
Jaime Almansa Sánchez <i>Una experiencia de divulgación orientada a alumnos de primaria en Etiopía</i>	193-215

Sumario



Jesús F. Jordá Pardo y Marina González Fernández <i>Un ejemplar de Margaritifera auricularia (Spengler, 1973) procedente del poblado ibérico del Cerro de las Nieves (Pedro Muñoz, Ciudad Real, España)</i>	217-227
Ignacio de la Torre, Alfonso Benito-Calvo y Rafael Mora <i>Archaeological surveys in Tendaho (Lower Awash, Afar Regional State, Ethiopia)</i>	229-242
Salomé Zurinaga Fernández-Toribio <i>Un paleoantropólogo en Nubia: Emiliano Aguirre Enríquez y la campaña de salvamento de la Unesco en Argin, Sudán</i>	245-273
Mario Menéndez Fernández <i>Un siglo de investigaciones arqueológicas en la cueva del Buxu (Cangas de Onís, Asturias)</i>	275-291
M ^a Cruz Cardete del Olmo <i>Construyendo paisaje, deconstruyendo naturaleza: la desnaturalización de la cultura en el siglo XXI</i>	293-313
Víctor M. Fernández Martínez <i>África y la arqueología, cuarenta años después: una memoria personal</i>	315-337
<i>Bibliografía del arqueólogo Víctor Manuel Fernández Martínez</i>	339-369

Summary



Presentation	13
Fructuoso Díaz García y Juan R. Muñiz Álvarez	
Gonzalo Ruiz Zapatero	
<i>The influence of an archaeologist: Víctor M. Fernández Martínez, a close and shared approach</i>	19-62
Oscar Moro Abadía	
<i>Thinking about 'Progress' in Archaeology: Some Critical Thoughts from a Philosophical and Epistemological Viewpoint</i>	65-81
Carlos Cañete	
<i>A Personal History of Africanism</i>	83-102
Marisa Ruiz-Gálvez Priego	
<i>Swahili trade in Northern Mozambique</i>	103-133
Alfredo González-Ruibal	
<i>Archaeology of State and resistance between Sudan and Ethiopia</i>	135-157
Jorge de Torres Rodríguez	
<i>Built on diversity: Statehood in Medieval Somaliland (12th-16th centuries AD)</i>	159-191
Jaime Almansa Sánchez	
<i>An outreach experience for school children in Ethiopia</i>	193-215

Summary



- Jesús F. Jordá Pardo y Marina González Fernández
A specimen of Margaritifera auricularia (Spengler, 1973) from the Iberian settlement of Cerro de las Nieves (Pedro Muñoz, Ciudad Real, Spain) **217-227**
-
- Ignacio de la Torre, Alfonso Benito-Calvo y Rafael Mora
Archaeological surveys in Tendaho (Lower Awash, Afar Regional State, Ethiopia) **229-242**
-
- Salomé Zurinaga Fernández-Toribio
A paleoanthropologist in Nubia: Emiliano Aguirre Enríquez and the Unesco Salvage Campaign in Argin, Sudan **245-273**
-
- Mario Menéndez Fernández
A Century of Archaeological Investigations in El Buxu Cave (Cangas de Onís, Asturias) **275-291**
-
- M^a Cruz Cardete del Olmo
Building landscape, deconstructing nature: the denaturalization of culture in the 21st century **293-313**
-
- Víctor M. Fernández Martínez
Africa and Archaeology, forty years after: a personal memory **315-337**
-
- List of publications by archaeologist Víctor Manuel Fernández Martínez **339-369**
-



02

A vueltas con la idea de 'progreso' en arqueología: una reflexión crítica desde la filosofía y la epistemología

Thinking about 'Progress' in Archaeology: Some Critical Thoughts from a Philosophical and Epistemological Viewpoint

Oscar Moro Abadía

Resumen

En este artículo examino, desde el punto de vista de la historia de la ciencia, algunos problemas epistemológicos asociados a la idea de progreso científico en el campo de la arqueología. En primer lugar, analizo la concepción positivista que establece que la ciencia en general –y la arqueología en particular– progresa por acumulación de conocimientos. Intentaré demostrar las relaciones que pueden establecerse entre dicha concepción y la historiografía positivista dominante en arqueología durante la mayor parte del siglo XX. En segundo lugar, presento una concepción alternativa del progreso científico según la cual la ciencia no avanza solamente acumulando datos científicos, sino que progresa también eliminando errores. Por último, repaso algunos ejemplos de la historia de la arqueología con el objetivo de demostrar que se puede plantear el problema del progreso científico en términos *negativos*, es decir, en términos de los mitos y prejuicios que es necesario poner en cuestión para hacer avanzar nuestro conocimiento sobre el pasado.

Palabras clave: Historia de la Arqueología; progreso; Positivismo; Epistemología; eurocentrismo

Abstract

In this paper, I examine some methodological issues related to the idea of scientific progress in archaeology from the viewpoint of the philosophy of science. First, I examine the positivist conception according to which scientists in general –and archaeologists in particular– progress by accumulating new discoveries and data. I analyze the relationships between this conception and the positivist historiography that dominated the history of archaeology during the twentieth century. Second, I present an alternative conception of scientific progress according to which scientists progress by eliminating those prejudices, errors, and biases that orient their research. I illustrate this conception with some examples from the history of archaeology.

Keywords: History of Archaeology; Progress; Positivism; Epistemology; Eurocentrism

Oscar Moro Abadía: Associate Professor. Department of Archaeology, Memorial University of Newfoundland. St. John's, NL A1C 5S7, Canada | omoro@mun.ca



1. Introducción

El concepto de progreso científico es, a la vez, una noción fundamental para comprender la evolución de la arqueología en tanto que disciplina científica y un término clave para entender cómo han escrito los arqueólogos la historia de su ciencia. La importancia de esta noción se demuestra en el hecho de que, durante el siglo XX, fueron constantes los debates a propósito de si la arqueología progresaba (o no) de manera acumulativa, si el conocimiento arqueológico tendía (o no) al descubrimiento de la verdad a propósito del pasado, o si existían (o no) mecanismos más o menos objetivos de medir el desarrollo científico. Sin embargo, desde hace algunos años, se observa un cierto desinterés, por parte de la mayoría de los arqueólogos, a propósito de estas cuestiones. Se podría decir que después de la disputa que enfrentó a positivistas y relativistas durante las dos últimas décadas del siglo XX (el debate entre los procesuales y los postprocesuales), la cuestión del progreso científico –que siempre había estado en el centro del debate arqueológico– ha pasado a ser considerada una cuestión menor. Todo sucede como si, de repente, un problema sobre el que los arqueólogos debatieron intensamente durante casi medio siglo hubiera quedado definitivamente zanjado.

En este contexto, ¿qué interés tiene examinar de nuevo una noción tan desgastada como la de progreso científico? Para responder a esta pregunta es necesario tener en cuenta dos cuestiones. En primer lugar, aceptando que la noción de progreso científico no ocupa el lugar central que ocupaba antaño, los efectos que la disputa sobre esta cuestión generó en el campo de arqueología están todavía vigentes. Así, desde los años ochenta del siglo pasado, la disciplina se haya dividida en dos campos aparentemente irreconciliables. Por un lado, están quienes toman como modelo a las ciencias naturales y asumen que la ciencia no ha dejado de avanzar en el conocimiento del pasado. Por otro lado, están quienes toman por modelo las ciencias humanas y sociales y entienden la arqueología como un saber históricamente constituido. En otras palabras, la línea de demarcación que divide actualmente a las distintas comunidades arqueológicas es una línea trazada en torno a la cuestión del progreso científico. En segundo lugar, lo que está agotado no es tanto la idea de progreso, cuanto una cierta manera de entender dicha idea: la concepción positivista del progreso científico. Sin embargo, como voy a intentar demostrar en este artículo, existe una visión alternativa del progreso científico que ha sido raramente explorada por los historiadores de la ciencia y que establece que, en términos de conocimiento, se avanza destruyendo errores y malentendidos.

Con el objetivo de desarrollar esta concepción *negativa* del progreso científico, examino en este artículo las relaciones históricas que pueden establecerse entre los marcos conceptuales que orientaron la investigación en arqueología desde finales del siglo XIX hasta comienzos del siglo XXI y el modo en que los



arqueólogos escribieron la historia de su ciencia durante dicho período. En la primera parte de este artículo, examino de qué manera la visión positivista que orientó la investigación en arqueología durante la mayor parte del siglo XX se tradujo en una historia «presentista» de dicha ciencia estructurada en torno a tres ejes fundamentales: A) Los grandes descubrimientos, B) Los precursores, y C) Los desarrollos tecnológicos. Esta historiografía entró en crisis en los años ochenta, cuando la irrupción del postmodernismo en arqueología hizo saltar en pedazos la hegemonía del paradigma positivista. De este modo, en los años noventa, asistimos a la decadencia de una idea, la de progreso científico, que había orientado la actividad arqueológica e historiográfica durante más de un siglo. Sin embargo, tal y como voy a intentar demostrar en la segunda parte de este artículo, la noción de progreso puede conservar su valor heurístico a condición de ser pensada a partir de criterios diferentes. Es evidente que la visión acumulativa del progreso tiene que ser examinada, pero eso no significa que la idea misma de progreso tenga que ser igualmente eliminada. De hecho, en historia de la ciencia, existe una tradición que se caracteriza por pensar el progreso científico en términos negativos. Dicha tradición, fundamental para comprender la epistemología francesa, fue establecida por Gaston Bachelard durante los años treinta y se prolongó hasta finales del siglo XX gracias a los trabajos de Canguilhem, Foucault y Bourdieu. Aunque estos autores son diferentes los unos de los otros, todos comparten una idea según la cual las ciencias sociales progresan desmitificando los falsos prejuicios que han obstaculizado su desarrollo. En la última parte de este artículo, intentaré ilustrar el valor de dicha noción negativa del progreso científico con algunos ejemplos de la historia de la arqueología. En particular, examinaré un prejuicio profundamente anclado en la arqueología del siglo XX: el eurocentrismo.

2. La noción positivista de 'progreso' en arqueología

El desarrollo de la arqueología prehistórica durante las últimas décadas del siglo XIX tuvo como consecuencia un interés creciente por la historia de la nueva ciencia (Kaeser 2008:10; Schlanger 2002:128). Los prehistoriadores comprendieron que la arqueología, para ser plenamente reconocida, tenía que tener una historia. En un contexto en el que la arqueología necesitaba ser reconocida tanto por el gran público como por la comunidad científica, la historiografía jugó un papel fundamental en el proceso de legitimación de la nueva ciencia. Así, por ejemplo, la historia de la arqueología fue utilizada para introducir los textos fundadores del nuevo saber (*e. g.* Hamy 1870, Mortillet 1883, Cartailhac 1889), para desacreditar los discursos no-científicos sobre el pasado (Cartailhac 1878) y, por supuesto, para ensalzar los progresos de la nueva ciencia. Tal y como señaló Laming-Empeaire, esta historiografía de legitimación se prolongó durante una buena parte del siglo XX: «Durante más de medio siglo, el tema no interesó

a los investigadores, y los mismos datos fueron retomados de manera idéntica por los sucesivos autores» (Laming-Emperaire 1964:9). En efecto, aunque los trabajos de Laming-Emperaire (1952, 1964), Glyn Daniel (1950, 1978, 1981) y otros mantuvieron viva la llama de los estudios sobre la historia disciplinar, la historiografía de la arqueología –fundada sobre el axioma del progreso científico– permaneció sin grandes cambios hasta finales del siglo XX. Esta es, precisamente, la historiografía que me propongo examinar en las siguientes páginas.

La historia de la arqueología dominante durante el siglo XX ha sido considerada a menudo como un ejemplo de la llamada historiografía «presentista» de la ciencia. En historia de la ciencia, el término 'presentista' es a menudo utilizado para caracterizar a la historia positivista de la ciencia que considera que el progreso científico es el resultado de un proceso de acumulación de descubrimientos (Moro Abadía 2008, 2009). Desde esta óptica, se sobrevaloran algunos elementos a la luz del estatus que poseen actualmente en la disciplina y se minusvaloran otros porque son considerados como secundarios o anecdóticos con respecto a la racionalidad actual erigida en referencia fundamental. En el primer capítulo de *L'activité rationaliste de la physique contemporaine*, Gaston Bachelard describía de este modo dicha historiografía,

Vemos entonces la necesidad educativa de formular una *historia recurrente*, una historia que aclaramos por la *finalidad del presente*, una historia que parte de las certidumbres del presente y descubre, en el pasado, las formaciones progresivas de la verdad. Así, el pensamiento científico se asegura en el relato de sus progresos. Aparece, esta historia recurrente, en los libros de ciencia actuales bajo forma de preámbulo histórico (Bachelard 1951:26).

En efecto, durante los últimos años del siglo XIX, la historia de la arqueología se constituyó a partir de la noción de progreso científico. Por ejemplo, *Le préhistorique* de Gabriel de Mortillet, considerado uno de los textos fundadores de la nueva ciencia, se abre con un elogio de la ciencia positiva: «El gran movimiento filosófico del siglo XIX, generalizando los métodos de investigación y la práctica de la observación seria [...] ha contribuido notablemente al progreso de todas las ciencias» (Mortillet 1883:1). Émile Cartailhac se expresaba de manera muy similar en el primer capítulo de *La France Préhistorique*, significativamente titulado *Historique des progrès de la science sur les civilisations primitives et l'ancienneté de l'homme*. Cartailhac afirma que «la paleontología no tiene nada que ver con mitos y leyendas; quiere ir más allá del comienzo de los siglos históricos, se beneficia de los maravillosos progresos de la geología y, gracias a ella, puede quitar los velos que bloqueaban nuestra mirada» (Cartailhac 1903:2). En los primeros años del siglo XX, la referencia al progreso científico se acentuó notablemente. Por ejemplo, Joseph Déchelette comentaba que los «progresos simultáneos de la geología, de la paleontología y de la arqueología han permitido establecer [la nueva ciencia] sobre hechos positivos» (Déchelette 1908:6). Marcellin Boule

se expresó de manera todavía más clara en su obra clásica *Les hommes fossiles*: «Los progresos realizados desde hace veinte años son tan impresionantes que 'la cuestión del hombre fósil' está a la orden del día, tanto entre el gran público como en los medios científicos actuales» (Boule 1923:VII). La obra de Glyn Daniel, considerado el fundador de la historiografía inglesa de la arqueología, es también un buen ejemplo de esta veneración por el progreso científico. Por ejemplo, en su libro *One hundred and fifty years of archaeology* Daniel describe el conocimiento científico como «la luz que ha disipado la niebla de contemporaneidad aparente que rodeaba a los vestigios prehistóricos» (Daniel 1978:33). En definitiva, excepción hecha de algunos casos concretos –como, por ejemplo, los trabajos de Léon Aufrère (1936) y Stuart Piggott (1989)– el presentismo fue la norma en la historiografía de la arqueología hasta los años noventa.

Esta historia presentista de la arqueología se construyó a partir de tres ejes fundamentales: a) Los descubrimientos arqueológicos, b) Los grandes descubridores y c) Los grandes avances técnicos de la disciplina. En primer lugar, durante el siglo XX, la historia de la arqueología fue, por encima de otras consideraciones, una historia de los grandes descubrimientos arqueológicos. En efecto, la historia positivista describía el desarrollo científico como el resultado de un proceso de acumulación de hechos positivos. Desde ese punto de vista, el elemento fundamental de la narrativa era, precisamente, el descubrimiento: «La obra maestra sepultada desde hace miles de años reaparece a la luz del día y el arqueólogo es el primero, después de tantas generaciones, en descubrir y admirar una forma exquisita» (Daux 1958:76). Los descubrimientos arqueológicos fueron considerados una revolución absoluta de nuestro conocimiento del pasado y la historia de la arqueología fue descrita como una sucesión de grandes descubrimientos.

En segundo lugar, la historiografía de legitimación fue una historia de precursores. Así, desde el siglo XIX, la historia de la ciencia fue concebida como la historia de aquellos hombres y mujeres que habían hecho progresar el conocimiento. La archiconocida figura de Boucher de Perthes puede ayudarnos a ilustrar la importancia de los precursores en la historiografía positivista. Para comenzar, los precursores son aquellos que anuncian la verdad que está por venir. Dicho de otro modo, el término fue utilizado a menudo para definir a aquellas personas que habían hecho contribuciones importantes a la construcción de la racionalidad moderna. En el caso de Boucher de Perthes, fue considerado a menudo como un pionero de la arqueología porque había defendido la idea de la antigüedad prehistórica de la humanidad antes de que dicha idea fuese aceptada por la comunidad científica: «Este amable sabio, partiendo de una idea falsa, llegó, a pesar de todos los obstáculos, a la constatación de una verdad importante» (Mortillet 1883:12). Además, los precursores fueron a menudo descritos como 'genios incomprendidos' que tuvieron que hacer frente a la ignorancia de su tiempo. Por ejemplo, Boucher de Perthes fue aclamado por defen-



der la antigüedad prehistórica de la humanidad «con una energía infatigable» (Déchelette 1908:7) y una «admirable perseverancia y calma» (Boule 1923:11). Por último, Boucher de Perthes venció «la oposición sistemática y a menudo irónica» (Boule 1923:11) de un mundo científico que «se mostraba perentoriamente incrédulo» (Daux 1958:42-43) con respecto a la existencia misma de la prehistoria. Fue gracias a la intervención, en 1859, de los científicos ingleses Prestwich y Evans cuando «el sabio francés vio su descubrimiento finalmente reconocido» (Mortillet 1883:13-14).

En tercer lugar, la historia positivista de la ciencia describía la historia de la arqueología en términos de un constante progreso tecnológico. El papel fundamental de ciertas técnicas (como la estratigrafía o el radiocarbono) en la historia de la arqueología demuestra la importancia de dicha concepción entre los arqueólogos. De acuerdo con esta historiografía, si, durante la mayor parte del siglo XIX, la arqueología prehistórica «fue sobre todo un pasatiempo para aficionados, eruditos y personas de buena familia»; a partir de 1860 «se convirtió rápidamente en una ciencia» (Laming-Emperaire 1964:176). Fue gracias a la convergencia de las ciencias históricas y las ciencias naturales que la prehistoria se constituyó en una nueva disciplina (Laming-Emperaire 1964:19). El desarrollo técnico llevó a la arqueología «a perfeccionar sus métodos y a sustituir los años de aventura y juventud por una disciplina exacta y ordenada» (Déchelette 1908:13). En pocas palabras, la historiografía positivista asumía que el desarrollo científico era el resultado de una acumulación de descubrimientos hechos por los grandes científicos, así como de la aplicación de nuevas técnicas al análisis del registro arqueológico.

3. Decadencia de la idea positivista de progreso

Los años ochenta del siglo XX fueron el escenario de una controversia que sacudió los cimientos de la arqueología: el debate entre los positivistas y los relativistas. Hasta los años sesenta, el positivismo orientó la investigación arqueológica. Así, aunque los arqueólogos (sobre todo los norteamericanos) discutieron mucho a propósito de la versión del positivismo que más convenía a la arqueología, nadie puso en duda el lugar hegemónico de dicha filosofía. Del mismo modo, nadie dudaba que la arqueología había hecho progresos extraordinarios desde el siglo XIX, que había cambiado para siempre nuestro conocimiento del pasado y que el análisis científico, apoyado sobre datos y observaciones rigurosas, había hecho avanzar dicho conocimiento más allá de la simple superstición. Sin embargo, a partir de los años ochenta, varios arqueólogos pusieron en cuestión estas ideas. Dichos arqueólogos criticaron el paradigma positivista, no porque estuviese completamente desprovisto de valor epistemológico, sino porque se apoyaba sobre dos presupuestos problemáticos:

En primer lugar, dicho paradigma daba por sentado que el pasado tenía una existencia objetiva y, en segundo lugar, suponía que era posible comprender las cosas 'tal y como habían sucedido', según la fórmula clásica de Ranke. Sin embargo, según estos autores, el pasado no tiene una dimensión objetiva porque está inevitablemente asociado con la experiencia subjetiva. Por otro lado, la filosofía positivista fomentaba la idea de que las conquistas de la ciencia eran permanentes. Esto también es un error porque, como la historia de la ciencia demuestra a menudo, la verdad científica es histórica y cambiante. Además, y esto es lo más importante desde el punto de vista de este artículo, los arqueólogos postmodernistas o relativistas criticaron sin piedad la idea positivista de un progreso lineal, acumulativo, necesario e inevitable. En concreto, formularon dos objeciones principales. En primer lugar, siempre según estos arqueólogos, no puede existir un desarrollo científico lineal porque no existe un pasado objetivo al que aproximarnos indefinidamente. En segundo lugar, no existe progreso científico porque la verdad científica es histórica, es decir, para poder comprenderla tenemos que interrogarla en su constitución contingente y cambiante. Incluso si una buena parte de los arqueólogos profesionales han continuado defendiendo una visión acumulativa de la ciencia, la realidad es que, desde hace algunos años, la noción positivista del progreso científico ha desaparecido de los debates teóricos en arqueología.

La crítica del positivismo creó las condiciones para pensar la arqueología desde otro punto de vista. Dicha crítica tiene su origen en los acontecimientos que sacudieron la filosofía y la historia de la ciencia en los años sesenta y setenta. Así, la publicación de *The Structure of Scientific Revolutions* en 1962 modificó completamente no solo la historia de la ciencia, sino la percepción de la actividad científica. En este libro, Thomas Kuhn criticó la concepción positivista del desarrollo científico como un proceso de acumulación de conocimientos (Kuhn 1970:1-2). Kuhn argumentó que esa concepción era equivocada porque suponía que la ciencia hacía conquistas definitivas, es decir, porque no tenía en cuenta el valor histórico de las teorías científicas. Dado que la ciencia no progresa acumulando invenciones y descubrimientos (Kuhn 1970:2), el historiador no debe tomar las certezas del presente como punto de referencia para interpretar la ciencia del pasado. Al contrario, el historiador debe convertirse en 'contemporáneo' de aquellos científicos que analiza. La crítica de Kuhn de la filosofía positivista puso en primer plano una historiografía crítica que contaba con una larga tradición en Europa gracias a los trabajos de Hélène Metzger, Alexandre Koyré, et Emile Meyerson.

Fue en este contexto cuando una generación de historiadores propuso una 'nueva' historiografía de la arqueología. Así, durante los años noventa, se publicaron numerosos trabajos dedicados a la historia de la arqueología (e. g. Schnapp 1993; Stoczkowski 1994 ; Trigger 1989; Vašiček 1994) de modo que la historiografía alcanzó un protagonismo sin precedentes en el campo de la ar-



queología. Dicho cambio no fue únicamente cuantitativo, sino que fue, también, cualitativo. Los «nuevos historiadores de la arqueología (varios de los cuales eran historiadores de formación) denunciaron la historia «presentista» (Kaeser 2004; Murray 2002) y desarrollaron una historiografía crítica inscrita en la historia de las ciencias humanas. Así, el rechazo de la noción positivista de progreso se convirtió en la seña de identidad de esta nueva historiografía. Por ejemplo, Nathalie Richard, en su tesis de doctorado sobre el desarrollo de la prehistoria en la Francia de la segunda mitad del siglo XIX, puso en entredicho la historiografía de los tiempos de fundación que se esforzaba en «establecer el estatus científico de la prehistoria demostrando que dicha ciencia había hecho recular progresivamente la superstición y había contribuido al triunfo de la ciencia positiva» (Richard 1991: III). Según dichos autores, «la historia de la arqueología, desde la Antigüedad hasta nuestros días, no es la historia indefinida del progreso de nuestros conocimientos, sino más bien la historia de un mar agitado de olas violentas que dejan sobre la arena las conchas que otras olas empujarán más tarde» (Schnapp 1993:34).

4. Una visión negativa del progreso científico

Estamos en un momento en el que la cuestión del progreso científico, antaño en el centro del debate teórico, ha dejado de estar de moda. Esta situación se explica por el hecho de que, después de varios años de disputas, las dos posiciones en liza (la positivista y la relativista) se han convertido en irreconciliables. Por un lado, para una mayoría de arqueólogos (sobre todo para aquellos más alejados del debate teórico) el progreso de la arqueología es un hecho evidente. Por otro lado, los arqueólogos más cercanos al relativismo consideran que el progreso científico es una quimera, una utopía. La cuestión parece resuelta hasta el punto de que los detractores del progreso científico no experimentan la necesidad de manifestarse públicamente sobre esta cuestión. Sin embargo, la idea de progreso no ha desaparecido de la historiografía disciplinar. De hecho, a pesar de que esta noción está desgastada, lo cierto es que continúa ocupando un lugar primordial en muchas historias recientes de la arqueología (*e. g.* Bahn 2014; Fagan 2018). Esto se explica porque la noción está tan ligada a la historia de la ciencia en general y a la historia de la arqueología en particular que parece imposible renunciar completamente a ella.

Por dicha razón, me gustaría explorar en este artículo una idea del progreso científico alternativa a la propuesta por el positivismo. Dicha concepción puede ser denominada 'negativa' en un doble sentido. Por un lado, 'negativo' hace referencia a la cualidad que se opone a lo 'afirmativo' (es decir, que se opone a la afirmación positiva del progreso científico). Por otro lado, 'negativo' remite al adjetivo que niega la verdad de una proposición dada (es decir, que niega la

validez universal de la verdad científica). Así, existe una tradición filosófica e historiográfica que, en lugar de conceptualizar el progreso científico como una noción asociada a la idea de acumulación, entiende dicho progreso como una suerte de desmitificación del conocimiento mal construido. Dicha tradición no está tan ligada a la filosofía tradicional (positivista) de la ciencia, sino que puede definirse a través del trabajo de una serie heterogénea de autores. Aunque podríamos remontarnos a Marx o a Nietzsche, los inicios de esta tradición se sitúan en la obra de Karl Mannheim, cuyo libro *Ideología y Utopía* (publicado en 1929) marcó a una generación de investigadores (Mannheim 2006). Después llegó el desarrollo de la hermenéutica filosófica, marcada por la filosofía de Heidegger y Gadamer, y la crítica marxista de la ideología que también es importante en el contexto que estamos analizando. Aunque todos estos trabajos son importantes, lo cierto es que la definición negativa del progreso científico se desarrolló plenamente en el marco de la epistemología de la ciencia francesa.

Los orígenes de dicha tradición se remontan a la obra de Gaston Bachelard. Bachelard fue un epistemólogo y filósofo de las ciencias físicas, así como de la química y de las matemáticas. En un contexto marcado por el desarrollo de la teoría de la relatividad, Bachelard propuso un pensamiento original, la llamada «filosofía del no» (Bachelard 1962). Según Bachelard, «el espíritu científico no puede constituirse más que destruyendo el espíritu no científico» (Bachelard 1962:8). Bachelard insistió varias veces en que «es necesario plantear el problema del conocimiento científico en términos de obstáculos [epistemológicos]» (Bachelard 1983:12). En el acto mismo de conocer aparecen, por una suerte de necesidad funcional, los problemas que Bachelard denomina «obstáculos epistemológicos». Entre dichos obstáculos, Bachelard menciona la experiencia sensorial, las imágenes, los lugares comunes y los tópicos, el conocimiento generalista (es decir, las generalidades), los obstáculos verbales (como por ejemplo las metáforas), las analogías, el obstáculo substancialista (el mito de la substancia), los obstáculos animistas y los obstáculos cuantitativos. Esos obstáculos constituyen una suerte de inconsciente del espíritu científico y, por esa razón, Bachelard plantea la necesidad de llevar a cabo «un psicoanálisis del conocimiento objetivo», es decir, un examen de los obstáculos que ralentizan la progresión científica. En este contexto, Bachelard criticó la manera de escribir la historia de las ciencias «desde una perspectiva de complicación progresiva» (Canguilhem 1983:176) y propuso la idea, revolucionaria en su momento, de que ciencia progresaba desmitificando los mitos y los prejuicios que, inevitablemente, orientan el conocimiento científico. Bachelard resume del siguiente modo su proyecto: «El pensamiento empírico es claro, a posteriori (*après coup*), toda vez el aparato de justificaciones ha sido puesto a punto. Sin embargo, cuando se vuelve sobre un pasado de errores, la verdad se encuentra inevitablemente en un sincero arrepentirse intelectual. De hecho, se conoce *contra* un conocimiento anterior, destruyendo los conocimientos mal hechos, superando lo que

en el propio espíritu supone un obstáculo para la espiritualización» (Bachelard 1962:17).

George Canguilhem prolongó la epistemología de Bachelard a partir de los años cincuenta del siglo pasado. En sus primeros trabajos, Canguilhem criticó a los historiadores que consideraban «la historia de la ciencia a partir de la categoría de progreso de la ilustración» (Canguilhem 1981:20). Es decir, criticó el tipo de historiografía en el que la totalidad del pasado «es representada como una suerte de línea continua en el que uno puede ir modificando, dependiendo de los intereses del momento, el punto de partida del progreso» (Canguilhem 1981:14). Por ejemplo, en su tesis titulada *La formation du concept de réflexe aux XVII^e et XVIII^e siècles* (tesis dirigida por Bachelard), Canguilhem criticó la idea de que la filosofía de Descartes había prefigurado el concepto moderno de 'reflejo'. Según Canguilhem, «si bien es verdad que encontramos en la obra de Descartes un equivalente teórico de ciertas tentativas de constitución de una teoría general del reflejo en el siglo XIX, no encontramos, si somos rigurosos, ni el término ni el concepto de reflejo» (Canguilhem 1977:52). El caso de Descartes constituye un ejemplo de lo que Canguilhem denomina el 'virus del precursor', es decir, la tendencia, muy extendida entre los historiadores de la ciencia, a celebrar los precursores de la ciencia moderna. Según Canguilhem, «si existiesen precursores, la historia de la ciencia perdería su sentido porque la propia ciencia no tendría una dimensión histórica más que en apariencia» (Canguilhem 1983:21). El concepto de precursor niega, precisamente, esa historicidad o dimensión histórica de la ciencia: «Un precursor sería una suerte de pensador de varios tiempos, del tiempo en el que vive y del tiempo que anticipa» (Canguilhem 1983:21).

La crítica de Canguilhem tuvo una gran influencia sobre la historiografía francófona de la ciencia. En particular, los trabajos de Michel Foucault y de Pierre Bourdieu trasladaron la epistemología de Bachelard y de Canguilhem al terreno de las ciencias humanas. Para comenzar, la crítica del positivismo de Bachelard y de Canguilhem fue retomada por Michel Foucault bajo la forma de una historización de la razón científica, es decir, una interrogación filosófica que problematizaba, a la vez, la verdad científica y la historiografía positivista (Foucault 1969). En primer lugar, la filosofía de Foucault intentaba demostrar que «aquello que tenemos por evidente ha sido fabricado en un momento dado de la historia» (Foucault 2001b:1597). Dicho de otro modo, la verdad científica que se presenta como normativa y que tenemos por universal es, en realidad, histórica, contingente y variable. En segundo lugar, la crítica de la verdad científica se vio acompañada por una crítica de la historiografía positivista. En particular, la noción de 'ruptura' permitió a Foucault poner en cuestión la imagen lineal del progreso científico. Foucault propuso una historia crítica del pensamiento que «no es ni una historia de las adquisiciones ni una historia de las ocultaciones de la verdad, es la historia de la emergencia de los juegos de verdad, la historia

de las 'véridictions' entendidas como formas susceptibles de ser consideradas verdaderas o falsas en un dominio de cosas» (Foucault 2001a:1451).

Esta suerte de ilustración del pensamiento científico fue compartida también por Pierre Bourdieu. En el caso de Bourdieu, la crítica del concepto positivista y cientifista se convirtió en una «sociología de la sociología que permite movilizar contra la ciencia las adquisiciones de la propia ciencia» (Bourdieu 1982:9), es decir, una historia social de las ciencias sociales entendida como «una ciencia del inconsciente, en la gran tradición de la epistemología histórica ilustrada por Georges Canguilhem y Michel Foucault» (Bourdieu 1982:10). Bourdieu intentó demostrar que aquello que tenemos por verdadero y universal es, de parte a parte, histórico: «He dedicado todo mi esfuerzo a descubrir la historia allí donde la historia se esconde mejor; es decir, en los cerebros y en los pliegues de cuerpo. El inconsciente es la historia» (Bourdieu 1986:81). En efecto, a lo largo de su carrera, Bourdieu puso en cuestión lo que denominaba 'el privilegio de lo universal': «La mayor parte de las obras humanas que tenemos la costumbre de considerar como universales –el derecho, la ciencia, el arte, la moral, la religión, etc.– son indisociables, desde el punto de vista escolástico, de aquellas condiciones económicas y sociales que las hacen posible y que no tienen nada de universal. Dichas obras se han engendrado en universos sociales muy particulares que constituyen el campo de producción cultural» (Bourdieu 1994:224). Contra el punto de vista universalista, Bourdieu propuso una génesis de los diferentes campos de producción social (el campo artístico, el campo filosófico, el campo jurídico) para demostrar que aquello que nos presentan como evidente (el canon artístico, la dominación masculina, la verdad científica) son, en realidad, invenciones históricas.

5. Una historia *negativa* de la arqueología

La historia de la arqueología se construyó a partir de una visión positivista (y *positiva*) del progreso científico. Así, dicha historia ha sido descrita a menudo como «una historia excitante de personalidades apasionantes, una historia basada en la determinación de individuos como Schliemann en Troya y Howard Carter en el Valle de los Reyes, una historia del desarrollo de las excavaciones y del trabajo sobre el terreno, pero también del extraño modo en que algunos descubrimientos de enorme importancia fueron hechos por azar» (Daniel 1981:212). Sin embargo, la historia de la arqueología podría ser contada de una manera diferente, no tanto como una historia de las grandes conquistas científicas, sino más bien como la larga historia de la lucha de los arqueólogos por desembarazarse de los prejuicios que han dificultado (y que dificultan) el conocimiento del pasado. Desde este punto de vista, el año 1859 no sería tanto el año del reconocimiento de la antigüedad prehistórica del hombre, sino más

bien un momento importante del tortuoso camino que llevó a poner en cuestión el dogma religioso sobre los orígenes de la humanidad; Boucher de Perthes no sería el genio que definitivamente demostró la antigüedad prehistórica del hombre, sino alguien que, de manera paradójica, contribuyó a poner en duda el relato religioso sobre los orígenes; y el desarrollo de la estratigrafía durante la segunda mitad del siglo XIX no sería el desarrollo de la metodología que habría contribuido a resolver todos los enigmas de la prehistoria humana, sino un instrumento del que se sirvieron los arqueólogos para demostrar que, contrariamente a lo que se había creído durante varios siglos, la historia de la tierra tenía que ser contada en millones de años (Hurel y Coye 2011:11).

Más allá de la posibilidad de reinterpretar algunos momentos claves de la historia de la arqueología a la luz de una nueva visión del progreso, existen algunos prejuicios que han constituido esta historia y que han marcado la orientación de la investigación arqueológica durante varias décadas. En mi opinión, el cuestionamiento de dichos prejuicios ha hecho avanzar la ciencia tanto o más que algunos descubrimientos y avances científicos. Para demostrarlo, voy a analizar a continuación un prejuicio muy extendido entre los arqueólogos del siglo XX: el eurocentrismo. Dicho prejuicio explica, por ejemplo, el privilegio del registro europeo en los modelos explicativos elaborados por los arqueólogos. En particular, dicho prejuicio es importante para comprender las teorías dominantes a propósito de: (a) la cuestión de los orígenes de la modernidad cultural y (b) la cuestión de los orígenes del arte.

Los orígenes de la modernidad cultural fueron explicados durante mucho tiempo por un modelo muy concreto que establecía la existencia de una brusca revolución cultural (*The Human Revolution* en inglés) a comienzos del Paleolítico superior (Bar-Yosef 2007; Mellars et al. 2007). Dicha revolución habría tenido lugar en Europa coincidiendo con la llegada a dicho continente de los humanos modernos y habría estado marcada por la aparición de varios elementos de cultura material, como los objetos simbólicos, los útiles de hueso, las esculturas, los grabados, el arte parietal, etc. (Mellars 2005). Dicho modelo orientó la investigación arqueológica en un doble sentido. En primer lugar, durante muchos años, los arqueólogos interesados en el origen de las culturas modernas trabajaron fundamentalmente en Europa. De este modo, la transición del Paleolítico medio al Paleolítico superior (un fenómeno que, en muchos sentidos, es exclusivamente europeo) fue tomada como modelo para explicar los orígenes de la humanidad. En segundo lugar, los mismos arqueólogos (europeos o norteamericanos en su gran mayoría) que trabajaban sobre los orígenes de las culturas modernas apenas prestaron atención a las regiones más alejadas de Europa. Todo esto cambió a partir de los años ochenta del siglo pasado, cuando una serie de trabajos pusieron en duda la privilegiada posición de Europa en la emergencia de la modernidad cultural (D'Errico 2007; Habgood y Franklin 2008; McBrearty y Brooks 2000). Dichos autores sugirieron modelos alternativos para

explicar los orígenes de la modernidad cultural. Por ejemplo, algunos propusieron un nuevo modelo según el cual la modernidad cultural y comportamental se habría desarrollado primero en África asociada a la emergencia del *Homo sapiens* en dicho continente hace aproximadamente 200 000 años (Aubert *et al.* 2017; McBrearty y Brooks 2000). Dicho modelo supone (a) un origen no europeo de la modernidad cultural y (b) una evolución gradual de dicha modernidad. Dicho modelo promovió la investigación de nuevos elementos del registro arqueológico que demostrasen un origen africano de los comportamientos 'modernos'. Por ejemplo, el descubrimiento de unos fragmentos de ocre en Blombos Cave en Sudáfrica en 2002 vinieron a reforzar este modelo. En esta cueva el equipo de Chris Henshilwood descubrió una serie de piezas de ocre cubiertas de grabados geométricos asociadas a grupos de humanos modernos (Henshilwood, *et al.* 2002, 2009, 2011). Más recientemente, el descubrimiento de una pieza de ocre con grabados representando unas líneas paralelas (datada entre 85 000 y 100 000 años) en la cueva de Klasies River confirma la idea de una tradición artística muy antigua en Sudáfrica (D'Errico *et al.* 2012). Como resultado de estos y otros descubrimientos, la gran mayoría de arqueólogos han aceptado un origen africano de la llamada «modernidad comportamental». Este caso demuestra cómo la investigación arqueológica progresa tanto descubriendo nuevos datos a propósito del pasado como destruyendo falsos conocimientos.

El tema de los orígenes del arte ha sido largamente debatido por arqueólogos, antropólogos e historiadores del arte. La concepción de que el arte paleolítico era un fenómeno exclusivamente europeo (y, más concretamente, franco-español) fue comúnmente aceptada por una mayoría de arqueólogos hasta finales del siglo pasado. Por ejemplo, en *Préhistoire de l'art occidental*, Leroi-Gourhan escribió:

El arte paleolítico recubre [...] la mayor parte de Europa. Más allá, los documentos escasean, son rarísimos o están insuficientemente datados. Salvo un yacimiento en Siberia meridional (Malta), los arqueólogos no han descubierto ni cuevas ni objetos decorados que sean atribuibles con seguridad a un período anterior a los diez mil años de antigüedad. Los miles de figuras parietales, pintadas o grabadas, en África todavía están por datar (Leroi-Gourhan 1971:146).

Sin embargo, durante los últimos años, numerosos autores han sugerido que el arte paleolítico tampoco tiene un origen europeo. En efecto, parece que los humanos anatómicamente modernos que se desarrollaron en primer lugar en África también fueron los primeros en desarrollar una actividad artística y simbólica. Así, el descubrimiento de las ya mencionadas piezas de ocre en Blombos Cave y Klasies River (100 000 años) indican un origen africano de los comportamientos simbólicos (D'Errico *et al.* 2012; Henshilwood *et al.* 2011). Al mismo tiempo, el descubrimiento de ornamentos en varios yacimientos africanos sugiere la existencia de una tradición simbólica en este continente que se



remonta, como mínimo, hasta los 80 000 años, es decir casi 40 000 años antes de los primeros objetos simbólicos bien datados en Europa. Teniendo en cuenta estos descubrimientos, parece evidente que los orígenes del arte paleolítico están lejos de Europa. Sin embargo, hasta hace poco, los arqueólogos europeos tenían por lo menos el consuelo de pensar que la gran tradición pictórica del arte rupestre Paleolítico era exclusivamente europea. También esta idea ha sido puesta en duda por algunos hallazgos recientes, como por ejemplo el descubrimiento de varias representaciones parietales figurativas datadas hace unos 40 000 años en la isla de Sulawesi en Indonesia (Aubert *et al.* 2017). En este yacimiento, un equipo de arqueólogos ha datado unas manos en negativo hace unos 39 000 años y unas representaciones de animales hace unos 35,000 años. Estas fechas hacen de Sulawesi uno de los ejemplos de arte parietal más antiguos del mundo. Es evidente que la idea tradicional según la cual el arte paleolítico era un fenómeno exclusivamente europeo tiene que ser sustituida por una concepción más adecuada.

Como estos ejemplos demuestran, el progreso científico tiene, por lo menos, dos dimensiones. Por un lado, es evidente que el progreso en nuestro conocimiento del pasado está relacionado con la aplicación de nuevas tecnologías (como, por ejemplo, el radiocarbono) y la aparición de nuevos descubrimientos (como, por ejemplo, Blombos Cave). Por otro lado, el conocimiento arqueológico implica siempre una suerte de conciencia reflexiva orientada a poner en cuestión nuestras convicciones más profundas. El ejemplo del eurocentrismo ilustra cómo una de las condiciones necesarias para el desarrollo científico es poner en duda lo adquirido y desaprender en el sentido socrático del término.

Agradecimientos

Este artículo está dedicado a Víctor Fernández que siempre ha sido, además de un amigo, una referencia intelectual para mí. Sus trabajos sobre teoría arqueológica fueron particularmente importantes en un momento en que las discusiones filosóficas ocupaban un lugar marginal en la arqueología española. El presente artículo está inspirado en una conferencia que pronuncié en la Universidad de Marsella en 2015. Una versión francesa será publicada en 2020. Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto «Arqueología e Interdisciplinariedad: una investigación arqueológica-histórica sobre las relaciones interdisciplinares en la Historia de la Arqueología española (siglos XIX y XX)» (HAR2016-80271-P) subvencionado por el MINECO-Ministerio de Economía y Competitividad. 🌱

Bibliografía

- AUBERT, M.; BRUMM, A.; RAMLI, M.; SUTIKNA, T.; SAPTOMO, E. W.; HAKIM, B.; MORWOOD, M. J.; VAN DEN BERGH, G. D.; KINSLEY, L.; DOSSETO, A. (2014). «Pleistocene cave art from Sulawesi, Indonesia». *Nature*, 514: 223-227.
- AUBERT, M.; BRUMM, A.; TAÇON, P. S. C. (2017). «The timing and nature of human colonization in Southeast Asia in the late Pleistocene: A rock art perspective». *Current Anthropology*, 58, S17: 553-556.
- AUFRERE, L. (1936). *Essai sur les premières découvertes de Boucher de Perthes et les Origines de l'Archéologie Primitive (1838-1844)*. París: Librairie L. Staude.
- BACHELARD, G. (1951). *L'activité rationaliste de la physique contemporaine*. París: Presses Universitaires de France.
- BACHELARD, G. (1962). *La philosophie du non. Essai d'une philosophie du nouvel esprit scientifique* (primera edición de 1962). París: Presses Universitaires de France.
- BACHELARD, G. (1983). *La Formation de l'esprit scientifique. Contribution à une psychanalyse de la connaissance objective* [Primera edición de 1938]. París: J. Vrin.
- BAHN, P. G. (2014). *The History of Archaeology: An introduction*. New York: Routledge.
- BAR-YOSEF, O. (2007). «The archaeological framework of the Upper Paleolithic revolution». *Diogenes* 214: 3-18.
- BOULE, M. (1923). *Les hommes fossiles. Éléments de paléontologie humaine*. París: Masson et Cie.
- BOURDIEU, P. (1982). *Leçon sur la leçon (Leçon inaugurale prononcée au Collège de France le vendredi 23 avril 1982)*. París: Les Éditions de Minuit.
- BOURDIEU, P. (1986). *Questions de sociologie*. París: Les Éditions de Minuit.
- BOURDIEU, P. (1994). *Raison pratiques. Sur la théorie de l'action*. París: Seuil.
- BREUIL, H. (1942). «La conquête de la notion de la très haute antiquité de l'Homme». *Anthropos. Revue Internationale d'Ethnologie et de linguistique*, XXXVII/XL: 667- 687.
- CANGUILHEM, G. (1977). *La formation du concept de réflexe aux XVII^e et XVIII^e siècles* (primera edición de 1955). París: J. Vrin.
- CANGUILHEM, G. (1981). *Idéologie et rationalité dans l'histoire des sciences de la vie. Nouvelles études d'histoire et de philosophie des sciences* [Primera edición de 1977]. París: J. Vrin.
- CANGUILHEM, G. (1983). *Études d'histoire et de philosophie des sciences* [Primera edición de 1968]. París: J. Vrin.
- CARTAILHAC, É. (1878). *L'âge de pierre dans les souvenirs et superstitions populaires*. París: C. Reinwald.
- CARTAILHAC, É. (1889). *La France Préhistorique d'après les sépultures et les monuments*. París: Félix Alcan.
- DANIEL, G. (1950). *A hundred years of archaeology*. London: Duckworth.
- DANIEL, G. (1978). *A hundred and fifty years of Archaeology*. London: Duckworth.
- DANIEL, G. (1981). *A Short History of Archaeology*. London: Thames & Hudson.
- DAUX, G. (1958). *Les étapes de l'archéologie*. París: Presses Universitaires de France.
- DECHELETTE, J. (1908). *Manuel d'archéologie préhistorique celtique et gallo-romaine (Tome I)*. París: Alphonse Picard et fils.
- D'ERRICO, F. 2007. «The origin of humanity and modern cultures: archaeology's view ». *Diogenes* 54 (2), 122-33.
- D'ERRICO, F.; GARCÍA MORENO, R.; RIFKIN, R. (2012). «Technological, elemental and colorimetric analysis of an engraved ochre fragment from the Middle Stone Age levels of Klasies River Cave 1, South Africa». *Journal of Archaeological Science*, 39: 942-952.



- DÍAZ-ANDREU, M. (2008). *A World History of Nineteenth-Century Archaeology. Nationalism, Colonialism and the Past*. Oxford: Oxford University Press.
- FAGAN, B. (2018). *A Little History of Archaeology*. New York: Yale University Press.
- FOUCAULT, M. (1969). *L'archéologie du savoir*. París: Gallimard.
- FOUCAULT, M. (2001a). «Foucault». En: M. FOUCAULT, *Dits et écrits II, 1976-1988*. París: Gallimard, 1450-1455.
- FOUCAULT, M. (2001b). «Vérité, pouvoir et soi». En: M. FOUCAULT, *Dits et écrits II, 1976-1988*. París: Gallimard, 1596-1602.
- HENSHILWOOD, C.; d'ERRICO, F.; YATES, R.; JACOBS, Z.; TRIBOLO, C.; DULLER, G.A.T.; MERCIER, N.; SEALY, J.; VALLADAS, H.; WATTS, I.; WINTLE, A. (2002). «Emergence of modern human behaviour: middle stone age engravings from South Africa». *Science*, 295: 1278-1280.
- HENSHILWOOD, C. S.; d'ERRICO, F.; WATTS, I. (2009). «Engraved ochres from the Middle Stone Age levels at Blombos Cave, South Africa». *Journal of Human Evolution*, 57: 27-47.
- HENSHILWOOD, C. S.; d'ERRICO, F. VAN NIEKERK, K. L.; COQUINOT, Y.; JACOBS, Z.; LAURITZEN, S.-E.; MENU, M.; GARCÍA-MORENO, R. (2011). «A 100,000-year-old ochre-processing workshop at Blombos Cave, South Africa». *Science*, 334: 219-222.
- HABGOOD, P. J.; FRANKLIN, N. R. (2008). «The revolution that didn't arrive: A Review of Pleistocene Sahul». *Journal of Human Evolution*, 55: 187-222.
- HUREL, A.; COYE, N. (eds.) (2011). *Dans l'épaisseur du temps: archéologues et géologues inventent la préhistoire*. París: Muséum National d'Histoire naturelle.
- KAESER, M. -A. (2004). *L'univers du préhistorien*. *Science, foi et politique dans l'œuvre et la vie d'Édouard Desor (1811-1882)*. París: L'Harmattan.
- KAESER, M. -A. (2008). «Biography as Microhistory. The Relevance of Private Archives for Writing the History of Archaeology». En SCHLANGER, N.; NORDBLADH, J. (eds.), *Archives, Ancestors, Practices. Archaeology in the Light of its History*. New York: Berghahn Books, p. 9-20.
- KUHN, T. S. (1970). *The structure of scientific revolutions* [Primera edición de 1962]. Chicago: University of Chicago Press.
- HAMY, E.-T. (1870). *Précis de paléontologie humaine*. París: J. -B. Baillière et fils.
- LAMING-EMPERAIRE, A. (ed.) (1952). *La découverte du passé. Progrès récents et techniques nouvelles en préhistoire et en archéologie*. París: Picard.
- LAMING-EMPERAIRE, A. (1964). *Origines de l'archéologie préhistorique en France. Des superstitions Médiévales à la découverte de l'Homme Fossile*. París: París.
- LEROI-GOURHAN, A. (1971). *Préhistoire de l'Art Occidental* [Primera edición de 1964]. París: Mazenod
- MANNHEIM, K. (2006). *Idéologie et utopie*. París: Édition de la Maison des Sciences de l'Homme.
- MCBREARTY, S.; BROOKS, A. S. (2000). «The revolution that wasn't: a new interpretation of the origin of modern human behavior ». *Journal of Human Evolution*, 39: 453-563.
- MELLARS, P. (2005). «The impossible coincidence. A single-species model for the origins of modern human behaviour in Europe». *Evolutionary Anthropology*, 14: 12-27.
- MELLARS, P.; BOYLE, K.; BAR-YOSEF, O.; STRINGER, C. 2007. *Rethinking the human revolution. New behavioural and biological perspectives on the origin and dispersal of modern humans*. Cambridge: Cambridge University Press.



- MURRAY, T. (2002). «Epilogue: why the history of archaeology matters». *Antiquity*, 76 (291): 234- 238.
- SCHLANGER, N. (2002). «Ancestral Archives: Explorations in the History of Archaeology». *Antiquity*, 76 (291): 127- 131.
- SCHNAPP, A. (1993). *La conquête du passé. Aux origines de l'archéologie*. París: Éditions Carré, París.
- MORO ABADÍA, O. (2008). «Beyond the Whig Interpretation of History: lessons on 'presentism' from Hélène Metzger». *Studies in History and Philosophy of Science Part A*, 39 (2): 194-201.
- MORO ABADÍA, O. (2009). «Thinking about 'presentism' from a historian's perspective: Herbert Butterfield and Hélène Metzger». *History of Science*, xlvii: 55-77.
- MORTILLET, G. (1883). *Le préhistorique. Antiquité de l'homme*. París: C. Reinwald.
- PIGGOTT, S. (1989). *Ancient Britons and the Antiquarian Imagination. Ideas from the Renaissance to the Regency*. London: Thames & Hudson.
- RICHARD, N. (1991). *La préhistoire en France dans la seconde moitié du dix- neuvième siècle (1859- 1904)*. Thèse de doctorat. París I.
- STOCZKOWSKI, W. (1994). *Anthropologie naïve, Anthropologie savante. De l'origine de l'homme, de l'imagination et des idées reçues*. París: CNRS Éditions.
- TRIGGER, B. G. (1989). *A History of Archaeological Thought*. Cambridge: Cambridge University Press.
- VAŠIČEK, Z. (1994). *L'archéologie, l'histoire, le passé. Chapitres sur la présentation, l'épistémologie et l'ontologie du temps perdu*. Sceaux: Kronos Éditions.